

GARCÍA, GERARDO (2009). *El servicio de extensión agraria. Vivencias, recuerdos y vigencia*. ISBN: 978-84-491-0986-7.

Me resulta especialmente gratificante hacer la recensión de este libro, porque ha permitido que afloren sentimientos y remembranzas vinculados a hechos de mi actuación al servicio del Ministerio (firmé a partir de 1978 las actas de transferencia de agricultura, incluidas las de Extensión Agraria, a las CC.AA. de Asturias, Cantabria y País Vasco) y a múltiples relaciones personales con miembros del Servicio de Extensión Agraria (SEA), a los que tuve la satisfacción de conocer y ver trabajar, colaborando entre 1969 y 1982 sin trabas bajo las nuevas directrices del Ministerio, y que dejaron en mí un recuerdo imborrable; la lista sería larga (Casino, Artime, Salcedo, Tarín, Barroso, Macazaga,...). Coincidió esa etapa con la reestructuración del Ministerio (creación de las Delegaciones Provinciales en 1969 y de las Divisiones Regionales en 1972), que implicó sucesivamente reunir y coordinar bajo una dirección las distintas unidades administrativas en las provincias y, luego, la creación de unidades de ámbito regional, más el rodaje de ambas durante diez años.

Es muy común que las tareas humanas relevantes, que dejan claro rastro de sus efectos, con el paso del tiempo entren en el olvido cuando por circunstancias sociales, políticas o económicas pierden vigencia. Y muy frecuentemente comienzan a echarse en falta transcurridos no demasiados años. Entonces llega el momento de hacer memoria, de mirar hacia atrás, poner las cosas en su sitio, en justicia, con la pregunta de si no es la hora de recuperar la idea básica que les dio origen, porque las necesidades lo demandan, pues el contexto puede diferir y precisar actualización, pero la idea mantiene firmemente su valor. Creo que este es el trasfondo que me viene a la cabeza al leer este libro tan sumamente actual y sugestivo, cuyo subtítulo engarza sin la menor concesión con su contenido, y que, además, como queda dicho, ha revuelto muchos y gratos recuerdos de mi ejercicio profesional en la Administración del Estado, ligados a personas y actividades del SEA, incluidos dos de los autores.

Una presentación de Juan Manuel García Bartolomé introduce en la lectura, aludiendo específicamente al encaje del libro como complemento de otros referentes del Servicio, iniciados en 2004, coincidiendo con el

50 Aniversario de su creación, y llegan en 2009 a la digitalización de la documentación fotográfica y audiovisual generada por él.

Estamos en presencia de un libro de tres autores, que respectivamente han escrito sus tres partes, cierto que con una concepción diferente. Las “vivencias” corren a cargo de Amador Rodríguez Troncoso, de un determinante sesgo autobiográfico; los “recuerdos”, como literalmente recoge el subtítulo de su texto, aunque la exposición va doctrinalmente mucho más allá, corresponden a José García Gutiérrez, cuya autoridad en la creación y dirección del Servicio es conocida; la “vigencia” es patrimonio de Gerardo L. García Fernández, que también fue alto responsable del Servicio, cuando lanza su pregunta sobre la necesidad de la extensión educativa.

La 1ª parte, “Vivencias de un Agente de Extensión”, constituye un bloque histórico de gran valor, que debe haber supuesto al autor un gran esfuerzo. Repasa, con su perfil de entusiasmo y sinceridad sin concesiones (que le lleva a agradecer a Gerardo García Fernández, coordinador del libro, sus consejos de moderación y prudencia en la redacción del texto), los primeros pasos de Extensión, cuáles eran los trabajos de una Agencia típica, sus relaciones de todo tipo, la metodología de trabajo y sus vivencias al aplicarla, para luego entrar en las actividades con explotaciones agrarias (como los SEGE´s, seminarios en gestión de explotaciones), el trabajo de las Agentes de Economía Doméstica con las familias, las actuaciones con la juventud rural (planteles), las acciones de Desarrollo Comunitario y lo que fueron las Vacaciones en Casas de Labranza, antecedente irrefutable del hoy pujante turismo rural, todo ello enriquecido con un toque personal, detallista, minucioso y anecdótico, “testimonio vivencial, meditado y documentado”, según sus propias palabras, que le lleva a criticar con dureza la transferencia de competencias de Extensión a las CC.AA., y después a intentar implicarse políticamente con la pretensión de que Extensión perviviera.

Ciertamente el texto ocupa más de la mitad del libro, dimensión quizás excesiva, y quiere ser tan minucioso en lo vivido que hace la lectura en algunos momentos un poco farragosa, porque las incidencias puntuales diluyen los aspectos esenciales al no querer, sin duda, olvidar nada ni olvidarse de nadie. Algunos ejemplos de esto podrían ser el contenido del

Capítulo III, páginas 56, 57 y 58, bajo el título “Entrega y espíritu de servicio”, el del Capítulo IV, páginas 62, 63 y 64, con el título “Relaciones personales”, o el del Capítulo IX, páginas 122, 123, 124, 125 y 126, a propósito de “Los planteles de Extensión: Origen, evolución y actuaciones”. En cualquier caso, el texto es un auténtico filón de hechos y pistas para abordar la historia del SEA.

La segunda parte lleva por título principal “Comportamiento profesional de los agricultores”. En tan solo cuarenta páginas, con un lenguaje eficaz, sin perder un ápice de actualidad en los contenidos, tomando como eje ese comportamiento, y como referencia la labor desplegada por dicho Servicio, García Gutiérrez disecciona con sobriedad las circunstancias que inciden en él y explica cómo operar para que se reconvierta. Está convencido del influjo de la labor del SEA en la evolución de la agricultura española y, lo que es más importante, en el cambio mostrado por la capacidad de las familias agrarias en el protagonismo de las transformaciones habidas hasta su desvío real de función en el nuevo modelo de Estado tras la Constitución de 1978 con su transferencia de competencias a las CC.AA., de modo que, ante los nuevos retos, se cree en la obligación de exponer la experiencia poseída de cara a la implantación de los servicios de asesoramiento, preconizados por la PAC, y al creciente papel de su 2º Pilar, el Desarrollo Rural. Los que estuvimos muy cerca de quienes actuaban en el SEA a todos los niveles y vivimos el progreso de los cambios de comportamiento de agricultores y ganaderos, no podemos por menos de compartir el texto de García Gutiérrez, plenamente válido aún, yo diría que añorado por muchos como pieza, no sustituida, desde la culminación del referido proceso de transferencias.

A lo largo de ocho capítulos, siempre con el comportamiento profesional en primera línea, desgrana, sucesivamente, las peculiaridades y condicionamientos del instrumento base del agricultor, su explotación, sobre todo la familiar, subrayando sus interrelaciones, con específica atención a la conducta de la población agraria, la influencia de la comunidad local y el relevo generacional (Capítulo I); el proceso educativo, pues “las modificaciones en el comportamiento profesional solo se establecen y consolidan mediante un proceso educativo que desarrolle actitudes favorables, iniciativa y responsabilidad en los interesados”, lo que le lleva a examinar

motivaciones, percepción, a cómo abordar el aprendizaje, a recalcar el papel de la actitud del agricultor, para entrar en la metodología, bajo el supuesto de que los conocimientos sean incorporados a su comportamiento profesional (Capítulo II); los asuntos incluidos en el proceso educativo, esto es, qué se hizo y cómo se hizo (en técnicas de producción, agrupaciones, gestión de explotaciones, comercialización, temas domésticos, vacaciones en casa de labranza y desarrollo comunitario (Capítulo III); eso mismo en la actuación con los jóvenes (planteles, créditos de capacitación, acceso a la gestión de la explotación) (Capítulo IV); la profundización en la metodología, tanto mediante métodos individuales (visitas a explotaciones, consultas en oficina, demostraciones de resultados) como para grupos (reuniones, demostración de prácticas, días de campo y viajes, cursillos y seminarios), como para masas (prensa, boletines, folletos, radio, televisión) (Capítulos V, VI y VII); la realización de la labor (agentes, especialistas, supervisores, situación no dependiente de las agencias respecto de la organización central) (Capítulo VIII); y la respuesta de la población agraria, tanto en técnicas y prácticas como en los cambios de actitud y comportamiento, de mucha mayor transcendencia, en cuyo capítulo se hace una resumida enumeración de datos cualitativos y cuantitativos que muestran lo que contribuyó a conseguir el SEA (Capítulo IX).

La tercera parte, que ocupa unas sesenta páginas, se orienta, en mi opinión, a situar conceptualmente la extensión a la altura de los tiempos actuales, dedicando específica atención a los modelos demandados ahora en función de las nuevas necesidades de la agricultura en el marco de un contexto social y económicamente muy diferente del que existía en la penúltima década del siglo pasado. Gerardo García desarrolla su trabajo a través de una presentación larga, que sintetiza el contenido de su texto e introduce al lector a los distintos apartados, y cinco capítulos, todos ellos bastante homogéneos en extensión, excepto el IV, dedicado a los programas educativos de promoción agraria, que contemplan cómo actuó el SEA entre 1955 y 1985. Tras una referencia histórica (creación del SEA en 1955 al amparo de los acuerdos de España y Estados Unidos y actividad durante treinta años) y el examen de las iniciativas actuales en Extensión (Capítulo I), se introduce en las aproximaciones conceptuales fundamentales (promoción de los cambios, desarrollo personal de los agricultores, enseñanza

activa, extensión y educación y relaciones con la investigación. Capítulo II), los dos modelos básicos de extensión (transmisión lineal y unidireccional de conocimientos desde sus fuentes a los agricultores mediante la información y la divulgación o enfoque de transferencia tecnológica y enfoque educativo centrado en actitudes y comportamientos de los agricultores ante la innovación tecnológica o enfoque educativo integrado. Capítulo III), para concluir con las cuestiones educativas del medio rural y hacer referencia al caso de los Leader (Capítulo V).

Entiendo que el autor apuesta por la defensa de la vigencia de aquellos principios, estrategias y enfoques educativos que forjaron las acciones de Extensión en España y condujeron a nuestro país por el camino de la innovación agraria y rural, y que ese cuadro no precisa más correcciones que las impuestas por el cambio de situación (estamos en la UE-27 y en la era de la globalización económica y la liberalización de los intercambios con todas sus consecuencias buenas y malas, ante una creciente preocupación medioambiental y cargando ya con las consecuencias del cambio climático), por la naturaleza de los nuevos problemas y por los muchos más medios (las TIC) para el desempeño de la tarea. Semejante escenario, en el que la innovación no se detiene ni se detendrá nunca, conduce a la necesidad de una labor educativa cerca de los agricultores, siempre protagonistas efectivos de los cambios que vienen y vendrán. Sigue vigente que el agricultor “sepa más para hacer mejor”.

Se mire como se mire, a partir de los primeros Ochenta, con la paulatina desnaturalización o desaparición real del SEA, transformado las más de las veces y con el tiempo en una oficina de enlace y apoyo burocrático de la Consejería responsable de las cuestiones del campo en cada C.A., quedó un patente vacío institucional en la promoción de la innovación a nivel del medio rural, que ha sido cubierto desigualmente por la iniciativa privada y organizaciones profesionales y sectoriales, para prestar asistencia técnica y administrativa a los agricultores, hasta llegar al momento en que la normativa comunitaria ha vuelto a situar en prioridad la creación de servicios de asesoramiento, obligando a los Estados Miembros a implantarlos. El autor opta, frente a la otra alternativa, y me parece acertado, por la conveniencia de recrear servicios de extensión, públicos, acomodando bases y metodología a los tiempos actuales, sin perder de vista el enorme

cambio habido en el propio agricultor, mucho más formado e informado que el de antaño; no tienen por qué ser incompatibles con los de otra naturaleza.

En fin, este libro tendrá lectores nostálgicos, como yo mismo o los de las generaciones que vivieron la operatividad del SEA, lectores interesados y curiosos, atraídos por los aspectos históricos de nuestra agricultura, pero deberían abundar sobre todo los lectores entre quienes tienen responsabilidades a cualquier nivel en el asesoramiento del agricultor, para los que es muy recomendable, en la seguridad de que les resultará especialmente útil.

VICTORIANO CALCEDO ORDÓÑEZ

ACOSTA, YANET (2009). *Historia de la Información Agraria. Desde el siglo XVIII hasta la agenda 2000*. Serie Estudios 170.

Estudiar la prensa y su evolución es una forma de conocer la sociedad. Analizar el devenir de la prensa agraria es adentrarse en el corazón mismo del conjunto de la sociedad porque no debemos olvidar que provenimos de una población que mayoritariamente ha ejercido a través de la historia su trabajo en el sector primario, especialmente en el agrario. Precisamente es la historia la que nos dice que en los años de la II República más del 50% de la población vivía directamente del campo y que la transición española aterriza con un cuarto de la sociedad trabajando en el campo y con una población muy asentada en las zonas rurales. Ese es el punto de partida del magnífico libro, fruto de una tesis doctoral desarrollada en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, y dirigido por María Dolores Sainz, escrito por la periodista canaria Yanet Acosta.

Acosta, a quien tuve la enorme suerte de tener como alumna en un seminario de posgrado de la Facultad de Ciencias de la Información dedicado precisamente a la especialización en el sector agroalimentario, ha puesto el listón de la investigación muy alto, ya que ha realizado un magnífico compendio de la historia de la información agraria desde el siglo XVIII hasta la aparición de la Agenda 2000, en el año de referencia, en